



7 de junio de 1874

La confianza en Dios

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Durante este último viaje¹ tuve muchas ideas y me gustaría comunicáros las.

Lo que considero más importante al visitar las casas es estar totalmente convencida en la práctica (pues en el fondo todos estamos convencidos) de que todas nuestras obras son obras de Dios, y por consecuencia debemos hacerlas, no como si fuéramos nosotros los que las hacemos sino como si fuera el propio Dios quien las hiciera, con gran confianza en aquel que las hace.

Podemos ver en todas partes cómo Dios se ocupa de las cosas en los lugares donde se le confían más. Donde buscan su gloria, su honor y la perfección religiosa, Dios se ocupa del resto. Si no envía más que lo necesario, al menos siempre da lo estrictamente lo imprescindible en todo tipo de cosas y en todos los órdenes; ya sea en el orden temporal, en el espiritual o en el comunitario no permite que falte nada.

Por lo tanto, debemos capacitarnos e instarnos a hacer todo en unión con nuestro Señor, bajo su acción, para hacer bien lo que lo que quiere de nosotros, en el lugar en el que estamos, y rechazar cualquier otro cuidado.

Esta palabra "cuidado" me recuerda, sin embargo, las palabras de San Pablo: *Si es el que exhorta, a exhortar*². Los que son los responsables, un superior, por ejemplo, ¿deben tener solicitud? Sí, yo diría que una solicitud continua. Su mirada debe extenderse a todo lo que se hace en la casa, a todo tipo de cosas por dentro y por fuera, al servicio de Dios, a las ceremonias de la capilla y al Oficio, al servicio de las almas, al cuidado y al servicio de la inteligencia, a la supervisión del internado, a la enseñanza de los niños, incluso al servicio material de la casa, para que reinen la economía y la buena administración.

Pero os ruego que tengáis en cuenta que hay dos tipos de preocupación: una es un cuidado constante, una preocupación continua, pero pacífica ante Dios, y esta es buena. La otra es una preocupación inquieta, agitada, y ésta, no deben percibirla los hijos de Dios. Debemos hacer todo lo que nos proponemos con sosiego, con paz, en dependencia de Dios. Cuidemos nuestros trabajos por el Maestro a quien servimos, pero recordemos que solo somos trabajadores de su viña. Él es el viñador. Hagamos lo que podamos, lo que Dios quiera con gran desvelo, y él hará el resto.

¹ Londres y Richmond, mayo de 1874.

² Rom 12:8.

Si esto se vive cara a las superiores, solo tendremos que vivirlo en nuestros empleos. Que la directora del internado, la ecónoma, la maestra de clase, la profesora, la encargada de la ropa, la despensera, haga bien lo que hace, y no aumente más sus preocupaciones, sus inquietudes. Ella no es la encargada. Que haga todo pensando solo en Dios, solo para Él, para complacerle, y así mantendrá la paz y la tranquilidad del alma.

Esta recomendación es tan elemental que parece innecesario hacerla, y, sin embargo, creo que es muy útil. Si rechazáramos toda inquietud, si sirviéramos a Dios con cuidado y vigilancia, pero al mismo tiempo con gran libertad de espíritu, apoyándonos en nuestro Señor, poniendo toda nuestra confianza en él, haríamos mejor nuestra oración, estaríamos más en la presencia de Dios. Sintiendo siempre la necesidad de su ayuda y protección, esperaríamos todo de su Providencia, haríamos todas las cosas en unión con él, y finalmente seríamos más amables los unos con los otros.

Todos los pequeños problemas, todos los pequeños deseos, todas las pequeñas angustias, todas las pequeñas ansiedades desaparecerían con esa gran confianza, esa gran unión, esa gran fidelidad a Dios. Sería, pues, cortar lo que es fuente de muchas dificultades en la vida común. Nuestro empleo dejaría de ser una carga para los que no tienen ese cargo. ¡Cuánto mejor iría si lo hiciéramos así!

La segunda cosa que quiero recomendaros es la economía de palabras. Me parece que, de todas las economías, esta es la más necesaria en una casa: cuanto menos hablemos, excepto en el recreo, mejor. Os exhorto a examinar, a los pies del Santísimo, la mayor o menor cantidad de palabras inútiles que decís cada día en relación con vuestro empleo. Buscad qué podéis hacer para eliminarlas, y entonces veréis cómo os convertiréis en personas sencillas, tranquilas; cómo en la comunidad, todo estará bien ordenado, organizado, sereno.

Finalmente, de todo esto debemos extraer el motivo de una gran acción de gracias a nuestro Señor, que es tan bueno con nosotros, siempre dispuesto a ayudarnos, que quisiera colocarnos en un estado de paz, unidos a él si no pusiéramos nuestras imperfecciones entre Él y nosotros. Todas las dificultades que tenemos en este mundo no vienen de nuestro Señor, sino de nuestra naturaleza, del mal que hay en nosotros, de las tentaciones, las imperfecciones de los demás o de las propias. Debemos soportar estas cosas con paciencia y esforzarnos en disminuirlas, manteniéndonos en unión con nuestro Señor, en el orden y dependencia de nuestro Señor, en silencio con él.

Entonces, queridas hijas, encontraremos esa paz que tanto ha prometido, anunciado y ofrecido a los hombres. *Pax vobis. Os dejo mi paz, os doy mi paz³. Paz en la tierra a las personas que ama⁴.* Encontraremos la paz en todas partes, pero especialmente en la oración, mediante esta fidelidad, esta unión íntima y generosa que, contando con él, hará que nunca nos preocupemos por nada que tengamos que hacer o sufrir por su disposición.

³Jn 14:27.

⁴Lc 2,14.